

# Distintos énfasis en el pensamiento social

por **O'Connor, Ernesto** ·

Un análisis de los cambios de énfasis en el pensamiento social de la Iglesia en las últimas décadas y las exhortaciones del papa Francisco.

La enseñanza social de la Iglesia ha cobrado un renovado ímpetu desde el comienzo del pontificado de Francisco, si bien es un tema de activa preocupación eclesial desde hace más de un siglo. Con todo, el estilo frontal de Francisco, con tecnologías de la comunicación que permiten una multiplicación de sus mensajes, es realmente novedoso. Generando una empatía asombrosa, el papa argentino sorprende por la contundencia y profundidad de algunas definiciones, que suelen ser de fácil divulgación en la plataforma informática global.

## **El pensamiento social de Francisco**

Una crítica rotunda al capitalismo financiero, sostenidas dudas sobre el rol del mercado como quien asigna los recursos, un eje económico centrado en la distribución-equidad y no tanto en la producción y la generación de empleo, son características inconfundibles tanto en la exhortación *Evangelii Gaudium*(2013) como en las declaraciones papales en entrevistas y diálogos con la prensa. El sustento se encuentra en algunos ejes del magisterio social latinoamericano que, sin ubicarse en la tradición algo más extrema de Medellín (1968) y aún recogiendo imaginarios centrales de Puebla (1979), como la opción preferencial por los pobres, se centra en el documento de Aparecida (2007), del cual Bergoglio fue redactor principal; como así también en la Teología del pueblo, de raíces argentinas.

Se trata de un camino paralelo y diferente a la Teología de la liberación, que se nutrió principalmente de la reflexión teológica de Lucio Gera, pero que hace más hincapié en la praxis pastoral que en el análisis intelectual. De este modo, se enriquece con los testimonios del padre Rafael Tello y con la pastoral de los obispos y curas villeros. En esta visión se eluden las experiencias de origen socialista o tercermundista basadas en la lucha de clases, y se exaltan las virtudes del “pueblo fiel”, “pueblo pobre” que, pobre como Jesucristo, manifiesta su fe desde la piedad popular y no desde otra tradición, ajeno a la tentación de intelectualizar la fe. Valorando los orígenes y los valores de la cultura popular, esta teología se sitúa dentro de la propia cultura de cada pueblo donde se entiende la práctica de la fe.

De esto se desprende el mensaje social de la Iglesia en 2014, centrado exclusivamente en la persona del papa Francisco, donde la inequidad y la exclusión están en el centro del análisis, y el capitalismo financiero es central como generador de “estructuras de pecado” (en el sentido de *Sollicitudo Rei Socialis*, 1987), y el mercado no puede solucionar los problemas de la inequidad.

## **¿Cambios a lo largo del tiempo?**

En muchos ámbitos, sobre todo eclesiales, surgen interrogantes acerca de los alcances de estas exhortaciones de Francisco, y en torno a algunos cambios de énfasis en el pensamiento social de la Iglesia en los últimos cincuenta años.

Es sabido que Pablo VI tuvo en *Populorum Progressio* su encíclica social por excelencia. En 1967 dominaba cierto optimismo en el mundo, en el sentido de que las colonias independizadas y las nuevas naciones subdesarrolladas podrían superarse a partir del rol del Estado y la industrialización, sustitutos del capitalismo de mercado.

Grandes esperanzas se centraron en su momento en líderes como Nasser, Gandhi o Perón. Pablo VI expresa una confianza en el desarrollo de los pueblos, y su encíclica tiene base en el pensamiento del padre Lebreton, economista y dominico francés, que se movía bajo la estela del desarrollismo de Francois Perroux. Las experiencias de desarrollo latinoamericano, en el contexto de Medellín, se hicieron eco de las políticas desarrollistas y esperanzadoras, como así también de propuestas más extremas por parte de algunas visiones de la Teología de la liberación.

Pocos años después, Juan Pablo II cambiaba algunos ejes de análisis. El papa polaco coincidió con la caída del muro de Berlín y con la Perestroika. En este sentido, su énfasis en contra del capitalismo fue mucho menos claro que el del magisterio precedente. Su opción filosófica y personal por la libertad humana, luego de vivir en lo personal experiencias de autoritarismo nazi y soviético, sin dudas marcó su vida y su magisterio. Las críticas a la Teología de la liberación en las dos instrucciones que elaborara el cardenal Ratzinger fueron condenatorias para buena parte del pensamiento latinoamericano –de hecho implicaron la sanción del teólogo Leonardo Boff– y estaban enmarcadas en la lucha del Papa por la libertad y en contra de cualquier simpatía por el comunismo o el socialismo.

La menor profundidad social del documento de Santo Domingo, comparado con el de Medellín, no deja de llamar la atención; su posición ante el capitalismo, por ejemplo, fue menos condenatoria. No en vano Michael Novak era uno de los autores de consulta del Papa, con el pensamiento de Hayek detrás. Aún así, el capitalismo y sus excesos son justamente criticados en *Sollicitudo Rei Socialis* (1987) y *Centesimus Annus* (1991).

Benedicto XVI sorprende con *Caritas in Veritate* (2009). El mundo había cambiado bastante, y el atrevido optimismo de Fukuyama acerca “del fin de la historia” y el predominio del capitalismo era algo del pasado, crisis de las hipotecas en 2008 mediante. Es sabido que detrás de *Caritas in Veritate* se encuentran tanto las recomendaciones de la Comisión de Justicia y Paz, para retomar a la idea de desarrollo de *Populorum Progressio*, como el pensamiento del economista italiano Stefano Zamagni, con eje en el relacionamiento personal en el mercado desde una visión de fraternidad económica entre los hombres, de tradición franciscana y más reciente desde los Focolares.

En este sentido, el documento es algo más amigable con el mercado (en la visión de relacionalidad italiana, no en la anglosajona), realizando advertencias sobre los riesgos del capitalismo. Apenas cinco años después, Francisco vuelve a cambiar el eje del análisis, planteando una posición que muchas veces ubica al capitalismo financiero en el centro de los problemas de exclusión e injusticia.

### **¿El mundo descubrió la inequidad?**

Una interpretación de la posición actual de Francisco se encuentra en el renovado reconocimiento de la inequidad como un problema central. No en vano el libro del año

es *El Capital en el Siglo XXI* (2013) de Thomas Piketty, un economista francés especialista en historia, desigualdad económica y distribución del ingreso, cuya idea es volver a poner esta cuestión en el centro del análisis económico.

Sin dudas una explicación del éxito del libro de Piketty es el contexto de las economías occidentales a partir de la crisis financiera de 2008 y su lenta resolución hasta nuestros días, que ha provocado bajo crecimiento, alto desempleo y ha agravado –y resaltado– las cuestiones de la inequidad. La pobreza en los Estados Unidos, que trepó al 15% de la población en el pico de la crisis, superó los tradicionales grandes enclaves regionales de pobreza, para expandirse a otras regiones y ciudades. Por eso las políticas sociales del presidente Obama: la reforma de salud en su primer mandato, y los intentos de reformar la cuestión migratoria y la dificultosa aplicación de la reforma de salud en su segundo mandato.

Por su parte, la crisis laboral y social en la Unión Europea combina una preocupación por la falta de crecimiento con efectos en el empleo, con el consecuente incremento de la inequidad. El problema de los inmigrantes es otra manifestación. En este contexto, el papa Francisco ha hecho central su prédica contra las inequidades generadas por el capitalismo, sobre todo financiero.

### **Reflexiones finales**

Ante todo, debe quedar claro que no es tarea de la Iglesia proponer un nuevo modelo socio-económico, pero sí iluminar la realidad en materia de justicia y dignidad.

Desde una lectura algo más eclesiológica, el cambio en los énfasis en el magisterio social en los últimos cincuenta años puede deberse a una lectura de los “signos” de cada tiempo. Es decir, en los '60, la expectativa por el desarrollo era relativamente razonable. En los '80 y '90, la caída del comunismo permitió a muchos creer en las bondades del capitalismo. En los '2010, la mayor inequidad o los problemas de los inmigrantes son evidentes, con lo cual, los signos de los tiempos alientan a denunciar proféticamente estas cuestiones.

Finalmente, ¿qué nos queda a los católicos como camino a seguir? Como dijera san Juan de la Cruz, en la tarde de la vida seremos juzgados en el amor. No en la ideología, ni en acaloradas charlas de café o debates académicos a favor o en contra de una idea, sino en cómo construimos un mundo más fraterno, con menos estructuras de pecado, y con mayor compromiso social y personal.